

SAN BERNARDINO DE SIENA, DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO

Día 20 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

San Bernardino, uno de los astros más resplandecientes del Orden de San Francisco, y uno de los más brillantes ornamentos de su siglo fue de la ilustre familia de los Albiceschis de Siena en Toscana. Su padre Tollo, y su madre Nera, más ilustres por su piedad que por su nobleza, pedían á Dios con instancias les diese un hijo, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen. Oyó el Señor sus oraciones y les concedió el hijo tan deseado, que salió á luz el día de la Natividad de la misma Señora, 8 de Septiembre del año de 1380. Nació en Masa, ciudad del estado de Siena, de que era baylío el señor Tollo. Perdió á su madre siendo de edad de tres años, y á su padre cuando sólo contaba seis; por lo que quedó bajo la tutela de una tía suya materna, llamada Diana, señora de gran virtud, que dedicó el mayor cuidado á darle una buena educación, y sobre todo á inspirarle desde luego el santo temor de Dios, y una singular devoción con la Santísima Virgen.

Siendo de once años le llevaron á Sena sus tíos paternos Cristóbal y Ángel Albiceschis, donde le dieron maestros que le instruyesen en las ciencias. Allí aprendió la gramática y letras humanas, siendo su maestro Onufro, y de la filosofía Juan de Espoleto, que no acertaban á dejar de elogiarle, enamorados de su hermosura, de su ingenio, de su aplicación, y sobre todo de su virtud.

i **Hacíase respetar por su virtud, aunque tan mozo;**

su modestia contenía á los más libres, y en su presencia no se oía conversación menos honesta. *Bernardino viene*, se decían unos á otros los jóvenes, si tal vez se desahogaban en discursos algo libres. Acabado el curso de filosofía, estudió teología y el derecho canónico, haciendo tantos progresos en la primera facultad, que fue uno de los más hábiles teólogos de su siglo. Al mismo tiempo que se hacía más sabio, se hacía más santo. No ignorando que la inocencia se alimenta y se conserva con la mortificación, desde edad de quince se entregó al ejercicio de espantosas penitencias.

Y al crecer en fervor, crecía también su tierna devoción con la Santísima Virgen. Estando un día con una de sus primas, viuda joven, pero de eminente virtud, se despidió de ella, diciendo que iba á visitar á una dama de un mérito sin igual, de incomparable hermosura y á quien amaba con pasión. Admirada la virtuosa señora de semejante confianza, le dijo, no sin sobresalto: Pues qué, primo, un mozo de tu virtud ¿también se anda visitando damas? ¡Y cómo que sí!, respondió el Santo sonriéndose; tanto, que me retiraría á casa con poco gusto si dejase un día de rendir mis respetos al dulce objeto de mi continuo cortejo. No replicó la prima, y despidióse Bernardino; pero presto se sosegó la virtuosa señora, porque saliéndose tras él, y observándole de lejos, vio que entraba á hacer oración delante de una imagen de la Santísima Virgen, que se veneraba en una capilla extramuros de la ciudad, adonde concurría infaliblemente todas las noches, con grande edificación del pueblo.

Disgustado del mundo, aun antes que le pudiese conocer, á los diez y siete años de su edad se alistó en la congregación *de los penitentes de la Virgen*, fundada en Siena en el hospital de la Escala, y muy célebre por los grandes personajes que entraban en ella. Ni de día ni de

noche se apartaba de la cabecera de los enfermos, en una peste que allí se desarrolló: servíalos, consolábalos, enterrábalos; y, aunque morían á bandadas entre sus manos, no contrajo el contagio; hasta que, habiendo cesado la peste, rendido á las fatigas de su ardiente caridad, cayó malo en casa de una tía suya muy virtuosa y muy anciana, que años había estaba ciega y paralítica, empleando después la convalecencia en asistir con el mayor amor y desvelo á esta pobre enferma, sin querer dejarla hasta que expiró.

Libre ya Bernardino de este cuidado, se retiró á una casa de los arrabales de Siena para vivir, distante del bullicio, entregado á la soledad y á la oración. En ella hizo un oratorio y se prescribió por límites de su clausura las paredes de la huerta, que él mismo cultivaba por sus manos. Pero, considerando que el religioso ligado con sus votos hace grandes ventajas al solitario que se gobierna en todo por su propia voluntad, resolvió abrazar un estado tan perfecto. Escogió el convento de San Francisco, de la estrecha observancia, fundado ya en Siena, siendo recibido en ella luego que se presentó, y fue enviado al convento de Colombiére, para tener en él su noviciado. Como ya había arribado á tan eminente grado de perfección, desde el primer día fue respetado por modelo, causando admiración que pudiese traer del siglo tanta inocencia acompañada de tan sólida virtud.

Concluido el año del noviciado, hizo los votos religiosos el día 8 de Septiembre, consagrado á la Natividad de la Santísima Virgen, día en que nació, día en que entró en la religión, día en que profesó, y día en que al año siguiente dijo la primera Misa.

Conociendo los superiores sus grandes talentos, no consintieron que estuviese escondida por más tiempo aquella brillante antorcha. Enviáronle á predicar á Milán;

y luego que le oyeron en el pulpito, no se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la santidad y de la elocuencia del nuevo predicador, pero, sobre todo, de las portentosas conversiones que hacía.

Conoció entonces que el Señor le llamaba al ministerio de la predicación; y, como se hallase con la lengua naturalmente gruesa y tarda, pidió á Dios que se la desembarazase, dándole facilidad en hablar. Fue oída su petición, y al punto sintió una milagrosa expedición en la lengua; tanto, que no se ha visto voz más apacible y más sonora, lengua más expedita ni más clara, elocuencia más eficaz ni más persuasiva. No era menester menos para predicar con fruto en un tiempo en que se lloraba extendida por toda Italia la corrupción de las costumbres. Había penetrado la disolución hasta en el lugar santo, y ni aun las casas religiosas estaban exentas de la relajación. Contra estos monstruos tenía que combatir nuestro Santo; atacóles y los desbarató.

Desde el Milanés fue llamado á Toscana. Predicó algún tiempo en Sena con el mismo fruto, y desde allí fue á hacerle igual en Plasencia, Bérgamo, Brescia, Verona, Vincencia, Venecia, Mantua, Ferrara, Bolonia, Regio y Módena. Desde los Apóstoles no se había visto predicador más poderoso en obras y en palabras.

Con el fin de que gozasen también otros de tener en su compañía á este nuevo apóstol, le nombró su general comisario de la Tierra Santa, adonde pasó, y fue guardián del convento de Belén. En todas partes era milagroso su celo; y, habiendo restituido en Oriente el primitivo fervor, le volvieron á llamar á Italia las necesidades de la Europa. Fuéle forzoso volver á Venecia, correr de nuevo toda la Lombardía, la Romanía, la Toscana; y después de haber predicado como apóstol en Florencia, en Luca, en Perusa, en Arezo, en Asís, en

Espoletto, y en algunas otras ciudades de la Umbría y de la Marca de Ancona, en todas partes con el mismo fruto, le fue ordenado por sus superiores que pasase á ejercitar este ministerio en Roma, siendo aquella capital del mundo el nuevo teatro donde brilló con más esplendor la virtud del siervo de Dios.

A vista de las portentosas conversiones y de las demás maravillas que obró en Roma, se armó todo el Infierno contra él. Cargáronle de injurias y de calumnias. No hallando qué decir contra sus virtudes, gritaron contra su doctrina. Acusáronle delante del Papa de que enseñaba errores y daba en excesos, con pretexto de extender la devoción al nombre de Jesús. No podía menos de ser criticada una doctrina tan pura. Sentían mal algunos de la facilidad con que trataba á los pecadores, y delataron la blandura con que los absolvía y los admitía á la penitencia.

Quiso el papa Martino V que se defendiese; leyó con el mayor gusto su apología, y, satisfecho de sus razones y de su proceder, le abrazó tiernamente, exhortándole á derramar por todas partes el fruto de su celo. Pocos días después de su justificación fue nombrado para el obispado de Siena; pero pudo más su profunda humildad que los deseos de todos los cardenales y del mismo Sumo Pontífice. Clamaban por él mucho tiempo había las ciudades de Genova, Savona y Arbenga; partió á ellas, y quedaron convertidos los más inveterados pecadores. Iba á dar principio á otra misión en Milán, cuando vacó el obispado de Ferrara. Parecióle al nuevo pontífice Eugenio IV que no podía encontrar sujeto más á propósito para aquella mitra; pero jamás fue posible lograr el consentimiento de Bernardino, y el Papa cedió en fin á sus lágrimas y ruegos. Además de sus continuas misiones y apostólicas correrías, nos dejó escritos excelentes tratados y obras espirituales; como los tratados de la

Religión Cristiana; del Evangelio Eterno; de la Vida de Jesucristo; del Combate Espiritual; de Meditaciones, con título de Sermones; donde descubre aquella tierna y profunda devoción que era en parte el carácter de su alma.

Cuando pasó á Roma el emperador Segismundo quiso que Bernardino le acompañase y que asistiese á la ceremonia de su coronación. Repitiéronse nuevos esfuerzos para obligarle á ser obispo, queriendo el Papa que aceptase el obispado de Urbino; pero se mantuvo inmóvil en su primera resolución. Con todo eso, no se pudo negar á aceptar el cargo de Vicario general de todos los conventos de la observancia: empleo importante que abrió nueva carrera á su celo, porque restituyó el primitivo fervor en muchos conventos de religiosos y de religiosas que habían comenzado á aflojar. Hizo asombroso fruto en el reino de Nápoles, donde su monarca Renato le quería detener, cuando recibió un mandato del Papa para que volviese á Toscana y se hallase presente en el Concilio que se había trasladado de Ferrara á Florencia. Allí tuvo nuestro Santo el gran consuelo de ver reunida la Iglesia griega con la latina; predicó á los griegos con su misma lengua, y, aunque la ignoraba, habló con tanta elegancia, que los mismos griegos quedaron asombrados.

No sólo tenía Bernardino el don de lenguas; también tenía el de milagros. En Mantua atravesó un gran lago con su compañero, navegando encima del manto; muchos enfermos se hallaron de repente sanos sólo con tocar su hábito; pero, aunque fue grande el número de sus milagros, el mayor de todos fueron las portentosas conversiones que hizo. Cuando tomó el hábito, no se contaban en toda Italia más que veinte conventos de la observancia, y en ellos, á lo más, doscientos frailes; cuando murió, pasaban los religiosos de seis mil, y los

conventos de trescientos en sola Italia.

No obstante de hallarse ya con la salud muy quebrantada por sus continuas fatigas y excesivas penitencias, fue á predicar á Ferrara, Verona, Vincencia, Padua, Mantua, Lodi y Cremona. Advertido sin duda por el Cielo del día de su muerte, se despidió de los de Siena en un sermón muy tierno y patético. Partió de esta ciudad el día 29 de Abril de 1444 para volver al reino de Nápoles. Eran misiones sus viajes; el día 3 de Mayo predicó en la isla del Lago de Perugia; ocho días después en Espoleto; el jueves siguiente en Cita Ducal. Había tiempo que se sentía muy malo, pero el celo suplía la debilidad; al fin se rindió á la cama. Condujéronle á Aquila, donde cuatro días después, exhausto de fuerzas á poder de fatigas y de penitencias, colmado de merecimientos y consumido á violencias del divino amor, después de recibir todos los sacramentos con sensible y tierna devoción, expiró tranquilamente, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús y de María, el día 20 de Mayo del año 1444, víspera de la Ascensión, al mismo tiempo que sus frailes estaban cantando la antífona de las vísperas: Padre, di á conocer á los hombres tu santo nombre, y ahora voy á Ti. Murió á los sesenta y cuatro años de su edad.

La noticia de su muerte hizo concurrir al entierro innumerable multitud de gente, así de la ciudad como de los pueblos de la comarca. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro después de su muerte, se clamó con instancias por su canonización. Comenzáronse las informaciones en tiempo de Eugenio IV, que había sido testigo de sus virtudes; continuáronse en el de Nicolao V, su sucesor, á diligencia de San Juan Capistrano, discípulo de San Bernardino; y en el año de 1449, cinco después de su muerte, celebró solemnemente el Papa su canonización el mismo día de

Pentecostés con grande aparato. El de 1481 fue colocado el santo cuerpo en una bella urna de plata que había enviado el rey de Francia Luis XI. Los religiosos observantes de San Francisco veneran, con razón, á San Bernardino como su segundo fundador.

SAN TORCUATO, OBISPO Y MÁRTIR

España no se sacia de manifestar su gratitud celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos días del año con júbilos y alegría. No se contenta con dedicar devotísimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda también de aquellos grandes discípulos suyos que, después de haber visto su martirio, vinieron á consumir la obra que el santo apóstol había comenzado.

El principal entre estos varones apostólicos, y á quien constantemente dan todos los manuscritos antiguos el primer puesto y dignidad, es San Torcuato, obispo de Guadix, cuya memoria celebra la Iglesia de España en este día, y de cuyos hechos y vida se sabe muy poco más que lo que refiere la historia de los demás apostólicos. Según ellos, San Torcuato se hallaba en Roma al mismo tiempo que, San Pedro y San Pablo difundían las luces del Evangelio en aquella capital del mundo. Estaba el Santo bien instruido en todos los misterios y doctrina de la religión evangélica: capaz, no sólo de manifestarla en sus obras, sino también de someter á ella, con su predicación y su celo, á las gentes deslumbradas todavía con las supersticiones de la gentilidad. Su adhesión á los divinos misterios, su fervorosa caridad en socorrer á los necesitados, su celo ardiente por la propagación del Evangelio, fueron otras tantas señales ciertas que movieron á San Pedro y San Pablo á persuadirse que era

sujeto digno de que se pusiese sobre sus hombros la pesada carga del obispado. Ordenáronle de obispo, y, recibida su bendición y, el ósculo santo de paz, se embarcó con sus compañeros, dirigiendo el rumbo á aquella nación predilecta en que su santo maestro había ya empleado las primicias de sus sudores y trabajos evangélicos. Aunque la nave pasó por las costas de Tarragona, que era entonces metrópoli y municipio romano, no tuvo por conveniente desembarcar en aquella ciudad; pasaron adelante hasta llegar á una costa, que prudentemente se conjetura era el asiento de uno de los puertos de Urci ó puerto Magno, junto al sitio que ocupa Almería actualmente. Desembarcó allí San Torcuato con sus compañeros, ardiendo sus pechos por comenzar la grande obra que traían proyectada. Vieron los inmensos campos que habían de ser el teatro de su predicación, cubiertos de peligros. Apenas puso los pies en tierra San Torcuato, cuando inmediatamente comenzó á caminar tierra adentro juntamente con sus compañeros, deseoso de encontrar gentes en quienes dar feliz principio á su grande ministerio. Muy poco más de trece leguas habrían caminado, cuando se les presentó á la vista la ciudad de Guadix, en la cual determinó San Torcuato derramar la primera semilla de la fe de Jesucristo. Detuviéronse algún tanto fuera de la ciudad, en un sitio que distaba de ella cosa de un cuarto de legua; y como los ardientes deseos de evangelizar y convertir almas para Jesucristo no les hicieron lugar para proveerse de los alimentos que, traían en la embarcación, les fue necesario enviar algunos que los comprasen en la ciudad.

En aquel día celebraban los gentiles una solemnísimá fiesta á sus deidades, que, según el Cerratense, eran Júpiter y Mercurio, y, según otros, la diosa Juno. Acaso los santos, viendo ocasión oportuna de comenzar á esparcir las luces del Evangelio, y enardecidos con el celo de la honra de Dios, al ver

tributar al demonio adoraciones, solamente debidas al Hacedor de todas las cosas, se explicarían con vehemencia contra aquellos ritos profanos. Comoquiera que sea, el pueblo de los gentiles, tumultuosamente conjurado, y llevado de una furiosa embriaguez, se declaró contra los santos, y comenzó á perseguirlos de muerte. Ellos, viendo la persecución, echaron á huir por el mismo camino que habían traído, en cuyo intermedio había un puente magnífico, de tan asombrosa consistencia, que cualquier sensato le juzgaría superior á la fuerza destructora de los tiempos, y casi al mismo artificio. Internáronse en él los santos perseguidos, cantando alabanzas á Dios porque se dignaba concederles la gracia de padecer por su amor, y acordándose al mismo tiempo de los prodigios con que había libertado á su pueblo de la ira de Faraón. Seguían los gentiles deseosos de haber á las manos aquellos extranjeros, para ejecutar en ellos una horrorosa venganza. Pero ¡oh milagrosas disposiciones de la divina omnipotencia! Cuando los santos acababan de salir del puente, y éste estaba henchido de una inmensa multitud de gentiles, vieron éstos que, desatándose las ataduras de los arcos y derrocándose los robustos pilares, el puente y los perseguidores padecieron una común ruina. Un saludable terror sustituyó el lugar que antes ocupaba el furor y la ira, y convirtiéndose en respeto y veneración lo que antes era abominación y desprecio, determinaron enviar mensajeros á los santos para que viniesen á la ciudad. Entre todos los ciudadanos se distinguió en la piedad y en los obsequios una noble matrona, cuyo nombre era Luparia, quien dio benigna acogida en su casa á aquellos extranjeros, en cuyo favor se manifestaba el Cielo tan generoso. Luego que los tuvo en su presencia, les comenzó á preguntar por su patria, por su profesión y por los fines que les habían hecho emprender el peligroso viaje y peregrinación de aquellas tierras. Gozoso San Torcuato de las primeras felicidades

de su expedición, y viendo cuan buena ocasión se le ofrecía de comenzar la grande obra de la conversión de aquellas gentes, dio cuenta á Luparia del fin de su venida, que no era otro que la conversión y felicidad eterna de sus almas. Como había oído que la felicidad que anunciaban no se podía obtener por otro medio que por el bautismo, solicitó con ansia que se sirviesen de administrársele. San Torcuato, como el mayor y más venerable entre todos, la advirtió que no podían complacerla en sus santos deseos hasta tanto que estuviese bien instruida de los principales dogmas de la religión que había de profesar. Entre tanto que recibía esta instrucción, la significaron cómo sería oportuno construir un baptisterio, en donde celebrar aquellos ritos sagrados. La docilidad con que la santa mujer recibía todas las instrucciones de aquellos hombres celestiales, no permitía alegar excusas ni admitir dilaciones en la ejecución de lo que insinuaban; y así, inmediatamente ofreció sus riquezas y su autoridad para la construcción de la obra proyectada. Concluida ésta, y hallándose Luparia con la necesaria instrucción de los divinos misterios, recibió el sagrado bautismo en el baptisterio que ella misma había fabricado.

Nada hay en la vida humana tan poderoso y activo para propagar las buenas ó malas costumbres como el ejemplo de aquellas personas que por su nobleza, riqueza y autoridad tienen un decidido ascendiente sobre el pueblo numeroso que les circunda. Según son los poderosos, así son las costumbres del pueblo: sus virtudes y sus vicios se difunden rápidamente unidos á su autoridad, y sería, sin duda, pueblo sin desórdenes ni excesos aquel cuyos superiores fuesen enteramente perfectos y arreglados. El haber visto que Luparia, mujer rica, poderosa, y de familia distinguida, había hospedado en su casa á aquellos extranjeros, y abrazado su religión por medio del bautismo, movió tan poderosamente á los

ciudadanos de Guadix, que en poco tiempo se había convertido de colonia de ciudadanos romanos en colonia de Jesucristo; y así era poco lo que tenían que hacer tantos obreros del Evangelio en una ciudad en que casi todos sus habitantes habían sometido el cuello á su yugo. Determinaron, pues, repartirse por otras ciudades, en donde sus trabajos pudiesen rendirles sazonados frutos.

Quedóse San Torcuato, como más antiguo, en la ciudad de Guadix, regentando aquella primera Silla episcopal de nuestra España. La tradición inmemorial nos ha conservado la memoria de un milagro, de que se infiere la particular providencia con que protegió el Cielo la predicación de este santo obispo. Este era que, habiendo plantado á la puerta de la iglesia una oliva, producía todos los años tan copioso y maravilloso fruto que, tomando de él los fieles, era un antídoto seguro contra todas las enfermedades. Aunque regularmente se atribuye á todos los apostólicos la plantación de esta milagrosa oliva, la singularidad de florecer repentinamente y dar fruto la víspera del día en que se celebraba en Guadix la fiesta de San Torcuato, da bastante fundamento para creer que la oliva fue plantada por él, y que, en honor suyo principalmente, manifestaba el Cielo tan grandes maravillas. Comoquiera que sea, los trabajos de San Torcuato merecían del Cielo las demostraciones más claras de protección, así como merecieron igualmente que le concediese la gracia de dar testimonio de la fe que predicaba por medio del martirio. No se saben las circunstancias de éste; pero se debe presumir que, habiendo sido tan sangrienta y cruel la persecución de Domiciano, y estando en Guadix los ministros imperiales, á cuyo cargo estaba el gobierno civil, juzgarían éstos que el medio más oportuno y eficaz para desarraigar la religión de Jesucristo y cumplir mejor el decreto del Emperador era quitar la vida á la cabeza y obispo de aquella Iglesia, que era San Torcuato. En

efecto, el sagrado cadáver de este Santo es el testimonio más auténtico que se puede alegar, tanto para probar su martirio, como para deducir que murió á cuchilladas. En el año 1593, con motivo de hacer un reconocimiento jurídico de su sagrado cuerpo, existente en el monasterio de Cela-nova, para enviar á la santa iglesia de Guadix una insigne reliquia, que solicitó su digno obispo D. Juan Alonso Moscoso, se observó que en la cabeza del Santo había un golpe, y en él pegada todavía, con la misma sangre seca, un pedazo de lienzo de la mortaja. Semejantes testimonios no permiten dudar ni del martirio de este Santo ni de algunas de sus cualidades. Sucedió éste en un campo llamado Face-retama , á legua y media de Guadix el Viejo, en cuyo sitio se erigió después una ermita con el nombre de este santo mártir. En aquellas inmediaciones hay unas cuevas que inspiran devoción en cuantos las ven, y sobre las cuales se han visto muchas noches luces muy claras y resplandecientes. Todo esto convence que si el Santo no padeció martirio en este preciso lugar, á lo menos estuvieron allí sus reliquias y su glorioso sepulcro, obrando el Cielo tan pródigamente maravillas con los que llegaban á encomendarse á su protección, que, según el Leccionario Complutense, se hacían participantes de ellas hasta los mismos gentiles.

Mantuviéronse en Guadix los sagrados despojos de su primer prelado todo el tiempo que duró en España la dominación de los reyes godos. Pero invadida esta región por la bárbara morisma, fue necesario trasladar las reliquias de este Santo á sitio más seguro. El sitio venturoso que mereció ser enriquecido con tan precioso tesoro fue la iglesia llamada de Santa Colomba, sita en el obispado de Orense, no lejos de un río llamado Limia, la cual iglesia de allí adelante se llamó Santa Colomba de San Torcuato.

Muy cerca de dos siglos se mantuvo en Santa

Colomba el sagrado cadáver, hasta que, habiendo San Rudesindo edificado el monasterio de Celanova, quiso honrar su iglesia con los sagrados despojos de San Torcuato, quitándolos de la primera iglesia que pertenecía á sus posesiones. Establecido el cuerpo de San Torcuato en Celanova, padeció otra traslación después del año de 1174, á tiempo que en dicho monasterio se hallaba el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III. Quiso este purpurado edificar, en un sitio proporcionado por su magnificencia á la grandeza de las reliquias sagradas que poseía, aquel monasterio, y habiendo mandado construir una hermosa capilla, hizo que á los dos lados de su altar se levantasen dos sepulcros sobre cuatro columnas, y en ellos se depositasen los dos cuerpos de San Rudesindo y San Torcuato. Más de cuatrocientos años permanecieron las sagradas reliquias en este estado, hasta que, habiéndose constituido España en un perfecto estado de paz, y sintiendo justamente la santa iglesia de Guadix verse privada de su primer prelado y pastor, solicitó con toda eficacia del prudente rey Felipe II que se la hiciese participante de alguna porción insigne de sus sagrados despojos, para tener el consuelo de venerar más de cerca al padre de su fe. Esta súplica les produjo la media caña de un brazo y dedo pulgar que recibió aquella iglesia con sumo aparato de solemnes y devotas festividades, siendo obispo el Sr. D. Juan Alonso Moscoso. Cuando se abrió el sepulcro del Santo mártir de Jesucristo en el año 1593, se halló el cuerpo envuelto en un lienzo blanquisísimo, tan nuevo, como si en aquella hora se hubiese depositado. La carne se había resuelto en cenizas, el corazón permanecía entero exhalando una suavísima fragancia, y el cráneo estaba envuelto en un sudario ensangrentado, que denotaba la magnitud de la herida con que el Santo había padecido martirio. Hizo el abad la separación de las reliquias que se enviaron á Guadix, al Escorial y á Santiago, y lo demás que restó fue

depositado en una preciosa arca de plata, y colocado en la capilla mayor frente del cuerpo de San Rudesindo, en el año de 1601, en donde uno y otro son venerados de los fieles como titulares y patronos.

En este mismo día celebra la Iglesia de España á San Indalecio, de cuya vida nada más se sabe que lo que ya queda dicho de los demás apostólicos. Por tanto, omitimos la molesta repetición de unos mismos hechos, mayormente cuando en lo referido hallará la piedad cristiana todos los motivos que pueda desear para explicarse en las efusiones más fervorosas de devoción y gratitud.

La Misa es en honor del Santo, y la oración la que sigue:

Señor Jesús, que concediste á tu bienaventurado confesor Bernardina un amor tan grande á tu santo nombre; por sus méritos é intercesión te suplicamos que infundas en nuestros corazones el espíritu de tu divino amor, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

La Epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 12.

REFLEXIONES

Bienaventurado aquel que no corrió tras del oro, ni puso su esperanza en la plata ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabaremos, porque hizo maravillas en su vida? A la verdad, es en el día de hoy tan universal la codicia, que con razón le pareció al Sabio especie de prodigio, si se hallase un hombre que no colocase su esperanza en sus tesoros. La avaricia reina en todos los estados, tanto en el eclesiástico como en el seglar, y, á veces, mucho

más él sacerdote que el seglar son esclavos de esta abominable pasión. A todos los corazones extiende su imperio, y lo mismo es dominarlos que cegarlos. ¡ Cuántos arrepentimientos excusaría un poco de reflexión sobre la calidad de esta dolencia! Pero, entre todas las pasiones, la más ignorada del mismo que está tiranizado de ella es la pasión de las riquezas. La avaricia es la que menos se conoce. Ninguno hasta ahora ha confesado, ni aun ha conocido, que es avariento. Unos disfrazan la avaricia con nombre de economía, otros con la apariencia de gobierno y de prudencia, algunos la cubren con el honrado manto de moderación y de modestia, y muchos quieren persuadir que es necesidad. Avergüéñzase de sí misma esta villana pasión; es tan irracional y tan odiosa, que no tiene cara para dejarse ver con su verdadero nombre. El mismo verse notado de ella causa empacho.

Con efecto, ¿quién dejará de reconocer alguna, y aun mucha debilidad de cabeza, en la desordenada codicia? Agarrar á todas manos, amontonar dinero sobre dinero, hacer un gran caudal á costa de sus ahorros, y con esto estar continuamente hambreado, hacerse pobre con todos perpetuamente, ¿no es especie de locura? ¿Quién lo dudará? Pero ¡qué remedio!

Gastar las fuerzas y la salud, atormentar el ingenio para descubrir, para encontrar cada día nuevos medios, nuevos arbitrios de ahorrar, nuevos artificios para enriquecerse, nuevos secretos para tratarse mal, alambicando el discurso para hacerse más miserable á la miseria; ésta es la seria ocupación, éste el continuo estudio de un avariento. ¿Puede haber tráfico más ruin ni más soez?

Poner en contribución, por decirlo así, todo lo que tiene en casa; no acertar á servir á nadie sino por interés; negociar hasta con el salario de los pobres oficiales;

temblar, estremecerse á cualquiera proposición que suene el menor gasto; quejarse eternamente del que es preciso hacer para no dejarse morir; afectar la mayor pobreza en medio de la abundancia; anticiparse quizá á llorar el gasto que se ha de hacer en su entierro; duro para otros, igualmente duro para si; pasar una vida triste, enfadosa y retirada, aunque le sobren rentas, capitales y posesiones; si ésta no es locura, ¿qué cosa lo será? ¡ Oh, y con cuánta razón se dijo que el avariento nada deja que hacer á la mala fortuna!

El Evangelio es del cap. 19 de San Mateo, y el mismo que el día 5.

MEDITACIÓN

De la devoción al santo nombre de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el santo nombre de Jesús fue siempre el objeto de la veneración de los mayores santos, y la confianza de los fieles verdaderos.

Es un nombre todo divino; impúsole el Eterno Padre, trájole el Ángel y merecióle el Salvador por su muerte y por sus tormentos. Como renueva en la Persona de Jesucristo todas las propiedades de Salvador, es preciso que excite en nuestros corazones los más dulces motivos de una tierna confianza. Al mismo tiempo, dice San Bernardo, que el nombre de Jesús significa que el Hijo del Altísimo es mi Salvador, me está diciendo también que este Salvador mío es mi Rey, es mi buen Pastor, es mi Padre. Me dice que éste mi amable Salvador vino principalmente por los pecadores; que por ellos hizo toda la costa; que por ellos derramó su sangre, y que en esta sangre se han de ahogar nuestras culpas. ¡ Oh, y qué motivo de confianza encuentro en este dulcísimo nombre!

Si me atemorizan cuando me recuerdan que Dios ha de ser mi Juez, también este sagrado nombre alienta mi temor, trayéndome á la memoria que ese mismo Soberano Juez es mi Jesús, esto es, mi Salvador. ¡Cuánta es, buen Dios, nuestra necesidad, nuestra pobreza! ¡Qué de cosas nos hacen falta! Bienes espirituales y temporales, gracias poderosas, auxilios particulares en los peligros; bendiciones, favores, indulgencias; todo se halla, todo se merece y todo se consigue en virtud de este santo nombre.

¡Buen Dios, qué secreto más poderoso! ¡Qué remedio más fácil! ¡Qué devoción más útil ni más en la mano de todos! ¡Qué dolor será el mío por no haberme aprovechado de una devoción tan saludable, y por no haber sabido usar de este tesoro escondido!

PUNTO SEGUNDO.—Considera la omnipotente eficacia de este suavísimo nombre. «Los que creyeren en Mí, dice el Salvador del mundo, harán los prodigios que se siguen (*Marc., 16*): En mi nombre lanzarán los demonios; en mi nombre hablarán nuevas lenguas; tomarán en la mano las serpientes, y las serpientes no les dañarán; beberán veneno, y el veneno no les hará daño. En fin, la virtud de mi nombre obrará toda especie de milagros; pondrán las manos sobre los enfermos, y los enfermos sanarán ». ¡Qué no se podría y qué no se haría, si con una viva fe se profesase una verdadera devoción al santo nombre de Jesús!

Nuestras necesidades cada día son mayores; cada día crecen más nuestras miserias; oramos, y no son oídas nuestras oraciones, porque nos falta la debida devoción y confianza en este santo nombre. *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre (Joan., 16)* (dice el amable Salvador), *y por eso nada habéis recibido. Pedid, y recibiréis; pero todo lo que pidieres sea en nombre mío.*

A favor de este nombre seremos benignamente recibidos y favorablemente despachados. Este nombre nos da título y derecho para que seamos atendidos.

El sagrado nombre de Jesús, prosigue San Bernardo, no sólo es luz que alumbra, sino delicioso manjar que fortalece. ¿No sientes en ti una nueva fuerza, un nuevo vigor siempre que le pronuncias? Todo manjar es insípido, si no está sazonado con esta sal y con esta salsa. ¿Dónde hay miel más dulce al paladar que el santo nombre de Jesús?, continúa el Santo.

i Oh divino Salvador mío, y cuánto es mi dolor por haber tenido hasta aquí tan poca devoción á vuestro santo nombre! De hoy en adelante yo le tendré tan profundamente grabado en el corazón, que jamás se me caiga de la boca; y espero me concederéis la gracia de que sea todo mi consuelo y todo mi refugio en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS

i Oh Dios mío y Señor, qué admirable es tu santo Nombre en todo el universo mundo!—Ps. 8.

Alaben el santo nombre del Señor los jóvenes y las vírgenes, los viejos y los niños, porque no hay en el universo otro nombre grande si no éste.—Ps. 148

PROPÓSITOS

1. El santísimo nombre de Jesús, no sólo debe ser objeto de nuestro respeto y de nuestra veneración; debe también animar nuestra confianza. Es un como compendio de todo lo que hizo el Salvador del mundo por nuestra salvación; El solo significa, por decirlo así, todos los misterios de su vida. No hay otro nombre debajo del

Cielo concedido á los hombres, en cuya virtud podemos ser salvados. Asombro es que no profesen todos los cristianos á este santo nombre una ternísima devoción. Consiste ésta, lo primero, en tenerle frecuentemente en la boca; lo segundo, en rezar cada día devotamente algunas oraciones en honra suya; lo tercero, en no emprender ni dar principio, á obra alguna sino bajo los auspicios de este dulcísimo nombre.

2. También es devoción muy loable, y fue muy familiar á muchos santos, el no negar cosa, en cuanto sea posible, que se nos pida por el nombre de Jesús, limosnas, oficios, favores. Al despertar por la mañana, y al acostarse por la noche, da principio y fin el día con pronunciar los dulces nombres de Jesús y de María; costumbre santa, que te facilitará el pronunciarlos con humilde confianza en la hora de la muerte. Llegue tu veneración á este santo Nombre á respetar hasta todo aquello donde le veas escrito ó estampado. Ten á la vista en tu cuarto, grabadas con letras grandes, aquellas palabras del Apóstol: Doblen la rodilla al nombre de Jesús, el Cielo, la Tierra y los abismos.